

CAMBIOS EN LA FORMACIÓN DE LAS FAMILIAS RURALES DEL OCCIDENTE

Modificaciones profundas

*Gail Mummert**

En el México rural se advierten cambios incipientes en la formación de las familias y en la organización familiar que tienen claras implicaciones para la dinámica demográfica. Ante el embate de procesos económicos, sociales y culturales, los patrones de noviazgo, nupcialidad, residencia postmarital y procreación de los hijos están siendo modificados.

En años recientes dos fenómenos han tenido un efecto crucial en la dinámica familiar de los moradores del campo del Occidente de México (que para nuestros propósitos abarca a los estados de Michoacán, Jalisco, Guanajuato y Aguascalientes): 1. La creciente incorporación de mujeres al mercado de trabajo y 2. Los altos índices de emigración predominantemente masculina a los Estados Unidos. De igual modo que ocurre en todo el país, el Occidente presenta alzas sostenidas en las tasas globales de actividad económica femenina desde 1970; dicho aumento fue particularmente pronunciado en los municipios rurales, por lo menos entre 1970 y 1980 (Mummert 1987:30). Además, llama la atención la creciente presencia de mujeres casadas con hijos incorporadas a los mercados de trabajo, puesto que tradicionalmente este grupo no participaba o bien se retiraba de la actividad remunerada para asumir el papel de esposa y madre. Esta tendencia a permanecer en un empleo generador de ingresos, también comprobada al nivel nacional (García y Oliveira 1990:65) está vinculada a la expansión de nuevas modalidades de trabajo particularmente dependientes de la mano de obra femenina, entre éstas la maquila a domicilio, los pequeños talleres y las maquiladoras.

La emigración de hombres adultos a los Estados Unidos, práctica muy enraizada y

casi centenaria en algunas comunidades, se ha vuelto un fenómeno masivo en la región en las últimas tres décadas. Diversas fuentes corroboran que los estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán son lugares de origen de la mayor proporción de trabajadores allende el Río Grande. Desde mediados de los ochentas, la salida de hombres ha sido acompañada de un notorio incremento de la migración familiar y la femenina. Esta entrada de mujeres e hijos en los flujos migratorios ha propiciado que en sus comunidades de origen se comenten, se contrasten y se juzguen pautas alternativas de comportamiento en relación con el noviazgo y el matrimonio, especialmente las relaciones de género e intergeneracionales y la intervención del Estado en asuntos "familiares".

Indudablemente, el efecto acumulado a lo largo de varios decenios de la confluencia del trabajo asalariado femenino y la emigración masculina —entre otros factores— ha dejado huellas en los hogares del Occidente y contribuido a los siguientes ajustes en la formación y organización de las familias.

En la esfera regional la emigración reduce el número de varones "casaderos" y el mercado de trabajo ofrece más oportunidades a las solteras, por ello la nupcialidad está caracterizada por una creciente exogamia, un incremento en la edad al primer matrimonio y un significativo celibato definitivo. Las posibilidades de unión matrimonial se extienden conforme los jóvenes cuentan con mayores oportunidades de entrar en contacto con potenciales parejas de otras latitudes. Las fiestas decembrinas en la región Occidente, a las que asisten migrantes de visita en el terruño y jovencitas casaderas, suelen ser escenarios que propician los noviazgos y matrimonios exogámicos. El creciente número de uniones cimentadas entre migrantes y personas de origen mexicano en los Estados Unidos también ha contribuido a dicha exogamia.

Diversos factores han tendido a favorecer un incremento en la edad al primer matrimonio en el Occidente rural en años recientes. Trabajadores jóvenes de ambos sexos, por motivación personal y/o presiones familiares prolongan la etapa de soltería, a fin de aportar ingresos monetarios a su grupo doméstico, pues éste requiere que el mayor número de sus miembros desempeñen actividades remuneradas. En algunas situaciones, las jovencitas han desplazado a sus hermanos como esperanza familiar de un sostén económico, ya que se acepta socialmente que el hijo varón está formando un patrimonio para fundar un nuevo hogar. Entre los migrantes varones es común que intenten construir una casa independiente de sus padres antes de casarse, situación que contribuye no sólo al aplazamiento del matrimonio sino también al debilitamiento de la tradición de residencia patrilocal y de la injerencia familiar en la vida de la nueva pareja que dicho arreglo residencial implicaba. La tendencia hacia la neolocalidad ofrece a la nueva esposa un margen de acción e independencia en sus decisiones que les era negado a generaciones anteriores de mujeres, quienes debieron vivir en posición de sumisión en casa de la suegra.

El acceso y el uso cada vez más extendido de eficaces métodos anticonceptivos en el medio rural han coadyuvado a una clara disminución en el número de hijos que tienen las parejas jóvenes, y a la ampliación del tiempo entre el nacimiento de los hijos —intervalos intergenésicos—. En 1987, casi una de cada dos mujeres en edad reproductiva de la región recurría a la anticoncepción, cifra que (menor al promedio nacional) representa indudablemente una notoria expansión en el porcentaje de usuarias (Cervantes 1989: 9). En la decisión sobre el tamaño de la familia también influyen cuestionamientos sobre las actitudes reproductivas propiciados por el contacto de comunidades de

* *Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán*



migrantes con la sociedad norteamericana y por la necesidad de muchas esposas de realizar un trabajo extradoméstico. La negociación del permiso para trabajar fuera del hogar suele ser un punto de conflicto conyugal, ya que pone en entredicho la tradicional autoridad del jefe masculino. Efectivamente, la mujer generadora de ingresos —sea esposa o hija de familia— tiende a tomar parte más activa en las decisiones sobre, por

ejemplo, el uso de los ingresos o la división sexual e intergeneracional del trabajo. El papel de la mujer como jefe *de facto* en unidades domésticas en las cuales el varón ha emigrado es capital; suple al marido como administradora del patrimonio familiar, educadora de los hijos y, en ocasiones, como sostén temporal del grupo doméstico, frecuentemente mediante la realización de un trabajo por cuenta propia.

Una importante proporción de las mujeres permanece soltera, no tanto por elección como por el desequilibrio entre los efectivos de los dos sexos en edades casaderas provocado por la emigración masculina masiva. Como ilustración de este efecto, en 1980 los estados de Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Aguascalientes (junto con Zacatecas y Chihuahua) experimentaron la más fuerte desproporción en todo el país: menos de 80 hombres por cada 100 mujeres (Pavón 1990: 78). De hecho, el celibato femenino es más alto entre los sectores de campesinos y trabajadores asalariados agrícolas de México que entre otros grupos sociales (Ojeda 1989: 150).

En suma, las familias tienden a formarse un poco más tardíamente que hace una generación; las parejas ya no son escogidas únicamente dentro de las localidades y cada vez más establecen su residencia fuera de ellas. Estos cambios de pautas social y culturalmente definidas están influyendo en las relaciones intrafamiliares y en la división sexual y generacional del trabajo. El probable efecto demográfico del entrecruzamiento de estas tendencias se traduce en una disminución en el tamaño promedio de la familia occidental. Atisbos de mayores cambios en el futuro y tendencias como las sugeridas —basadas en observaciones en zonas rurales del Occidente de México— podrían llegar a modificar sustancialmente los patrones de formación de la familia y la vida familiar en dicha región; por sus repercusiones demográficas y sociales merecen ser estudiadas sistemáticamente en diversos contextos familiares y zonas del país. *DemoS*

REFERENCIAS

Cervantes Carson, Alejandro, "Planificación Familiar: La preocupación por las metas", *Demos* 1989, Carta demográfica sobre México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 8-9.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira, "El trabajo femenino en México a fines de los ochenta", en Elia Ramírez Bautista e Hilda R. Dávila Ibáñez (Comps.), *Trabajo femenino y crisis en México. Tendencias y transformaciones actuales*. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990, pp.

Mummert, Gail, Cambios en la población económicamente activa de la región Centro-Occidente, 1971-1980. Documento de trabajo DT-87-02, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1987.

Ojeda de la Peña, Norma, *El curso de vida familia de las mujeres mexicanas; un análisis sociodemográfico*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, México, D.F. 1989.

Pavón, Patricia, El desequilibrio entre los sexos e la población casadera: México. 1980. Tesis de maestría, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 1990.